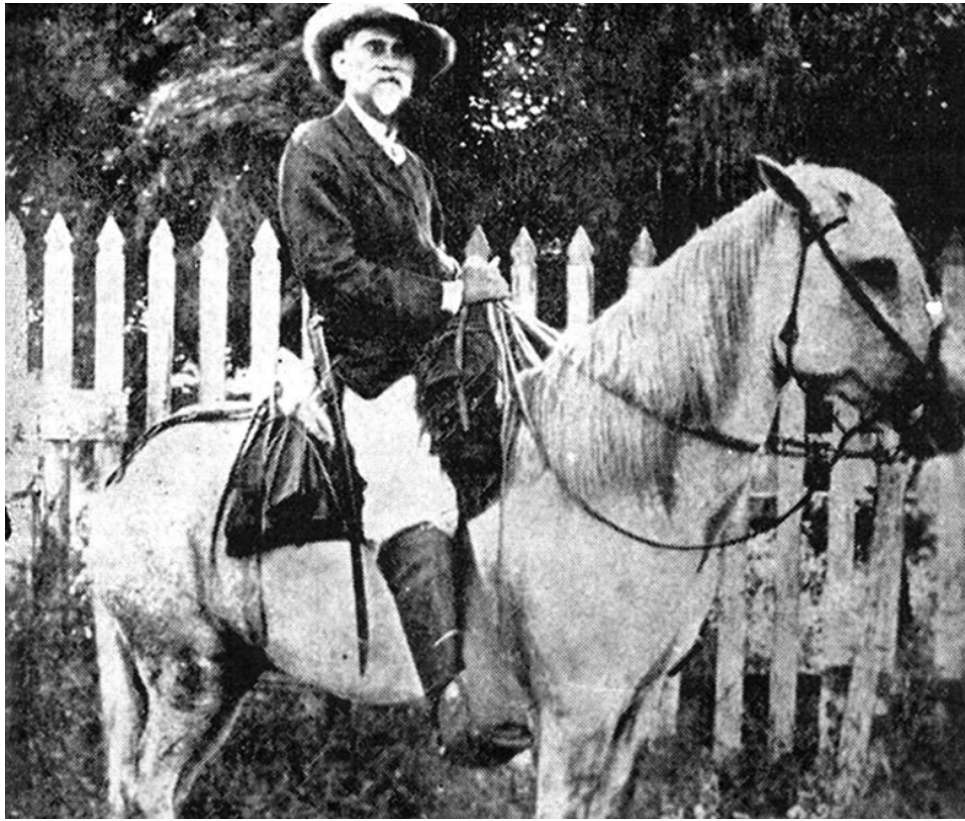


Invasión mambisa a Guantánamo



Generalísimo Máximo Gómez Báez, jefe del Ejército Libertador.

● Por Lic. Ismael ALONSO COMA

Después de atravesar momentos difíciles, que pusieron en peligro la supervivencia de la revolución iniciada en 1868, las tropas mambisas habían logrado estabilizar su accionar en el Departamento Oriental, sobre todo, en Santiago de Cuba. Sin embargo, la zona de Guantánamo seguía siendo un bolsón aparentemente impenetrable; era inaplazable para los insurrectos al mando de Máximo Gómez llevar la guerra a ese refugio del integrismo español.

La invasión al territorio guantanamero preveía, entre varios objetivos, extender la guerra a otras zonas, necesidad estratégica para aliviar la presión que ejercían las tropas españolas sobre el resto del Departamento Oriental. De esa manera, se tenía el propósito de desmentir la propaganda española sobre la pacificación de la región y la derrota de los insurrectos.

Otro fin era incorporar el mayor número de esclavos de las dotaciones a las tropas mambisas, elemento necesario para darle continuidad a la guerra con hombres que no tenían nada que perder y sí mucho por ganar: su libertad. También Gómez quería forjar a sus mandos y tropas para los planes de la guerra, y una zona como Guantánamo era de singular importancia para dotar a las tropas mambisas de la experiencia y disciplina necesarias para el buen curso de la

contienda.

El general Gómez antes de comenzar la invasión encomendó a sus oficiales, sobre todo, a Guillermo Moncada, realizar incursiones al territorio guantanamero. En el mes de mayo de 1871, durante una de esas, Guillermón se enfrentó en Los Peladeros a las temibles Escuadras de Guantánamo,



Mayor general Antonio Maceo Grajales.

comandadas por Miguel Pérez. En el combate, efectuado el día 26, este jefe murió, pérdida sensible para el integrismo español, pero que no afectó el apoyo de las Escuadras a la causa española.

El primero de agosto, Gómez comenzó la invasión del territorio guantanamero, con unos 400 hombres y una gran impedimenta de heridos y familias de los combatientes. El día 4 se produjo el ataque al fortificado cafetal La Indiana, que por su situación geográfica era la llave de entrada a la zona de cafetales de Monte Toro. El combate fue muy reñido, y solo el arrojo de las tropas comandadas por Antonio Maceo pudo romper la tenaz resistencia de los

hombres de las Escuadras que protegían la hacienda.

El enfrentamiento le corroboró a Gómez las dificultades que debía enfrentar en la jurisdicción, por eso, el empeño en tomar esas fortificaciones. Era decisivo triunfar en el primer combate, más por ser las famosas Escuadras, columna vertebral del régimen colonial. Una derrota hubiera sido un rudo golpe a la moral de los combatientes, lujo que no podían darse los mambises. Por otro lado, la victoria permitió obtener pertrechos militares

imprescindibles para el éxito de las operaciones militares.

En los días subsiguientes 22 cafetales fueron destruidos, lo que provocó caos y temor entre los hacendados y estupor de las autoridades, sorprendidas por esta avalancha revolucionaria. El 18 de agosto, Antonio Maceo invadió la rica zona en cafetales de Monte Libano. La estrategia de Gómez, consistente en destruir las riquezas y desgastar al enemigo, comenzó a dar resultados, aunque no podía penetrar en el fortificado valle de los ingenios guantanameros, pues estaban muy protegidos.

La respuesta española fue enviar, el 25 de agosto, al brigadier Arsenio Martínez Campos, jefe de operaciones del Departamento Oriental, a tratar de contener la invasión, con un plan de dos basamentos: el primero, proteger a toda costa los ingenios del valle, fortificando las haciendas para evitar la destrucción de las bases azucareras, y el otro, combatir incesantemente con pequeñas columnas, de mayor movilidad, a las fuerzas mambisas en las montañas, con el fin de expulsarlas del territorio, que no lo consiguieron. Los mambises realizaron varias incursiones: incendiaron el ingenio Flor de Bano, ubicado fuera del valle, y atacaron la zona de Tiguabos, Jobito y Bano.

En los últimos meses de 1871, Maceo asumió el mando de las operaciones, su primera incursión fue en la región de Baracoa, donde sembró el pánico. El año

concluyó con un equilibrio relativo entre ambos contendientes: los españoles no habían podido expulsar a los mambises de la zona montañosa, tampoco Gómez y su tropa destruir los ingenios del valle; ambos rivales estaban empatados en el logro parcial de sus fines.

Uno de los objetivos de Gómez al invadir Guantánamo fue incorporar el mayor número de esclavos a las filas insurrectas, el potencial presente en los cafetales e ingenios representaba una fuerza considerable de posibles combatientes, y para el éxito de la invasión eso era fundamental, sin embargo, cuando las tropas cubanas llegaron a la jurisdicción se enfrentaron a una nueva situación: en primer lugar, la férrea defensa de los ingenios impidió destruirlos y, por ende, sumar sus dotaciones a las fuerzas insurrectas. En el caso de los cafetales, la situación fue más favorable, pero no existen evidencias claras de una masiva incorporación de los esclavos.

De lo que sí tenemos certeza es del flujo de negros hacia el occidente del archipiélago, pues los hacendados guantanameros ante el peligro de perder sus dotaciones tomaron la decisión de venderlas, e incluso, de otorgar la manumisión a cambio de una suma de dinero importante, de esa manera trataron de salvar algo de sus inversiones antes de que la tea diera cuenta de sus cafetales. Muchos de los hacendados franceses realizaron sus enajenaciones desde Francia, rompiendo sus lazos definitivamente con la tierra que le había brindado abrigo. Estos aspectos no han sido lo suficientemente abordados por investigadores del tema, impidiendo tener una idea cabal de la situación que enfrentaron las tropas mambisas en el desarrollo de la invasión, que determinaron la imposibilidad de Gómez para incorporar a las masas de esclavos a la insurrección y, de esa forma, lanzarse con una mayor fuerza hacia el valle de los ingenios.

Las principales transacciones realizadas en los últimos meses de 1871, ofrecen la cantidad de 741 esclavos de las dotaciones cafetaleras vendidos a hacendados y comerciantes de otras regiones, antes de produ-

cirse la invasión de Gómez y sus tropas, lo que sin duda evidencia lo precavidos que fueron los propietarios ante el peligro que les amenazaba. El monto total de las operaciones de venta fue de 718 mil 811 escudos. Por la envergadura de las operaciones de compra y venta realizadas, y teniendo en cuenta que solo se revisaron algunas, se puede estimar en más de mil los esclavos vendidos y enviados hacia las plantaciones de Occidente. Resalta en ese contexto la presencia entre los compradores de importantes hacendados de la región occidental, entre ellos, Julián Zulueta, José Baró, José Montalvo y Tomás Terry. La mayoría de los vendedores radicaban en Monte Toro y Monte Libano, primeras zonas en sufrir los estragos de la invasión.

Al reasumir el mando, en enero de 1872, Gómez trató de reactivar la ofensiva, para ello atacó Bayate y Tiguabos, lo que le permitió obtener pertrechos y afianzar el prestigio de las fuerzas mambisas. Después de esas acciones y con la partida definitiva de Gómez y sus principales subalternos, la guerra comenzó a languidecer en el territorio guantanamero, mientras en 1871 se efectuaron 24 combates de envergadura, solo se desarrollaron nueve en 1872. Las tropas cubanas comandadas por Antonio Maceo recibieron la orden de Gómez de mantenerse a la defensiva, y siguiendo las instrucciones se abstuvieron de sostener rudos combates, intensificando la presencia de pequeñas guerrillas sobre esa zona que entorpecían a las columnas españolas. La estrategia mambisa se había reducido a una guerra de desgaste para de esa manera mantener vivas las banderas de la independencia en la región.

La invasión demostró que la revolución estaba viva, y que cualquier parte de Cuba podía ser atacada por las tropas mambisas sin que el Ejército Español y sus aliados pudieran evitarlo. Pero el principal logro fue haber forjado, en condiciones tan difíciles, a las tropas que años más tarde tratarían de invadir el Occidente cubano, y que no aceptarían el Pacto del Zanjón. De esa manera, se preparó militar y políticamente a los principales mandos de Oriente.



Brigadier Arsenio Martínez Campos, jefe de operaciones del Departamento Oriental.

